

Lluch Frechina, Enrique. *El espíritu del economicismo*. Madrid: PPC, 2023, 296 pp. ISBN: 978-84-288-4086-6.

Cuando ponemos en nuestras manos el último libro del economista Enrique Lluch Frechina (Universidad CEU Cardenal Herrera Oria de Valencia), puede sorprendernos su título, un título que coloca juntas dos palabras aparentemente contrapuestas: espíritu (que tiene que ver con lo intangible) y economía (algo, aparentemente, racional que tiene resultados concretos y, entrecomillemos, “incuestionables”).

Si en este momento quien esté leyendo la presente resención no se ha percatado (o apenas le ha dado importancia) al cambio que acabo de efectuar entre “economía” y “economicismo” es una pequeña muestra de que el autor del libro tiene razón en una de sus tesis principales: la identificación que se da en la actualidad entre economía (como, según la RAE que el propio autor cita, “ciencia que estudia los métodos más eficaces para satisfacer las necesidades humanas materiales, mediante el empleo de bienes escasos”) y economicismo (que es una manera concreta de entender y practicar la economía, pero atribuyéndose a sí mismo la “patente de corso” en el mar de la misma), convirtiéndose así en uno de los que, según Enrique Lluch, son los dogmas actuales de nuestra sociedad, dogma que vendría a decir que “extra economicismo (capitalismo) nulla salus” (debo aclarar que esta expresión, inspirada irónicamente en el dogma católico, es de cosecha propia, no del autor del libro, aunque considero que define muy bien lo que dicho autor nos pretende transmitir). Este dogma de la actualidad está tan asumido que acaba siendo defendido por posturas ideológicas en apariencia irreconciliables y por ello el autor, con una buena dosis de lucidez, desenmascara cómo opciones de derecha (que defienden que el “mercado” debe ser quien guíe nuestras vidas) hasta opciones de izquierda (que creen que tiene que ser el Estado, el partido o el líder quien cumpla esta función) acaban confluyendo en una obsesión: mejorar el PIB (Producto Interior Bruto). Verdad incuestionable que también aparece asumida por algunos tipos de economía que se presentan como alternativas sin serlo, es el caso de la economía circular, que el autor critica como insuficiente y basada en el mismo concepto: continuar con nuestro nivel de consumo.

Como bien apunta el profesor Lluch, todo esto implica un doble trasfondo. Por una parte, pensar que el desarrollo de un país y, por tanto, el bienestar, se reduce a un simple crecimiento económico. Aunque haya otras cuestiones que se ningunean (o, directamente, se ignoran) como pueda ser el desarrollo personal y social

o las cuestiones medioambientales y es que “para el economicismo, lo medioambiental y lo social son cuestiones secundarias” (p. 30). Y, por otra parte, colocar como índice de medida lo que tenemos entre todos. Lo cual no significa que todos tengamos lo suficiente para vivir una vida digna (decir que entre todos tenemos una cantidad de dinero no significa que ese dinero esté repartido equitativamente).

Probablemente todos seamos conscientes de esta doble realidad que nos apunta el autor en su libro y sepamos que ello nos está llevando a un colapso medioambiental y a un drama social en el que gran cantidad de personas no tienen lo suficiente como para vivir una vida digna, a la vez que aumenta la riqueza de los más ricos. Aquí aparece la gran pregunta a la que, de alguna manera, intenta responder el presente libro: si todos somos concededores de esta realidad, ¿por qué “triumfa” el economicismo?

Ante este interrogante ya estamos en posición de dar respuesta al porqué de la unión de estas dos palabras: espíritu y economicismo. Y es que se nos plantea la idea de que el verdadero triunfo de este paradigma cultural no estriba en las razones que aporta para convencer, sino en las emociones: el economicismo no tiene un sustento racional, sino emocional, construyéndose a sí mismo como una doctrina con (casi) todos los elementos de una religión: su promesa de salvación, sus lugares de culto, sus teólogos (economistas) y sus sacerdotes, que serían esas personas que se alzan como referentes por sus éxitos económicos y que, además, nos muestran cómo conseguir dicho éxito y, de esta forma, nos encontramos que “las librerías están llenas de libros que nos ayudan a triunfar” (p. 109). Incluso toman de las religiones lo que podríamos llamar “estrategias” de una supuesta espiritualidad y el autor nos hace un elenco de las técnicas y los ropajes que toman de las espiritualidades, a veces “contaminando” a las propias religiones (como el “movimiento neopentecostal y su teología de la prosperidad” y algunos movimientos del propio catolicismo), otras veces separándose de ellas, aunque “robándoles” estrategias, como puede ser el “materialismo espiritual” más relacionado con las religiones orientales y especialmente con el budismo que utiliza esta corriente espiritual, pero que la desgaja de su verdadero contenido (que es despojarse del yo) utilizándolo justo para lo contrario (fortalecer el ego). Completa el autor el elenco con otras corrientes muy en boga actualmente como el *mindfulness* y el pensamiento positivo.

Toda esta tendencia hace que nuestra sociedad se haya convertido en una sociedad atravesada por una “cultura terapéutica”. Evidentemente, el profesor

Frechina no está en contra de la terapia, la crítica (a mi parecer profética) que hace es al hecho de que se esté considerando “que la terapia no es algo circunstancial y necesario en algún momento particular de la existencia, sino que se considera esta como parte imprescindible y fundamental de la vida. La cultura terapéutica considera que todos tenemos dificultades en nuestra salud mental y que es muy complicado alcanzar un equilibrio adecuado” (pp. 156s).

Como podemos ya intuir existe una gran diferencia con las religiones tradicionales (sea el cristianismo o el budismo): el economicismo no nos conecta con la transcendencia (o con el “cosmos”) sino que nos encierra en nuestro propio yo convirtiéndose en “ego” porque “el economicismo me pone a mí y a los míos en el centro de la existencia” (p. 70). De esta forma Enrique Lluch es contundente al afirmar que “el economicismo es un mapa de sentido ateo, una creencia sin Dios” (p. 51).

Es significativo cómo este tipo de “terapias” se llevan incluso a los empleados de empresas con el objetivo no de que sean más felices (que tengan una vida plena) sino más productivos (la felicidad no como fin, sino como medio para obtener rentabilidad crematística) y aquí nos encontramos con otra de las grandes perversiones del economicismo: contemplar el trabajo no como medio de realización personal que, evidentemente, nos aporta unos necesarios ingresos (el autor nunca desprecia la importancia del dinero, pero situándolo en su lugar) sino como simple medio que nos reporta unas ganancias que nos conducen a poder consumir “bienes, servicios y experiencias” (y esta es la triada objeto de consumo al que Enrique Lluch hace una continua referencia). Considerar de esta forma el trabajo hace que se den dos extremos: desde las personas que lo sacrifican todo (salud, relaciones, etc.) por el trabajo hasta personas que buscan cualquier alternativa para conseguir los ingresos sin depender del trabajo (“tanto la exaltación exagerada del trabajo como su desprecio son expresiones extremas de ese culto al tener más”, p. 39).

Yo diría que el autor de este libro nos va desentrañando cómo cosas tan importantes para la vida humana como son el trabajo, el ocio, y la espiritualidad se acaban pervirtiendo cuando se pasan por el tamiz del economicismo que, además de considerar la riqueza como único referente encierra a la persona en la autorreferencia; y es que “el verdadero espíritu del economicismo, [es] el espíritu autorreferente, la mirada constante hacia uno mismo, hacia la mejora de la propia vida” (p. 120). Quedémonos con este término: autorreferencia porque es un concepto clave en el libro.

Otro punto fuerte en el presente ensayo es el elenco detallado que el autor nos hace de todas las características de la sociedad economicista: el cortoplacismo, la idea de que el éxito/fracaso es algo que depende exclusivamente de uno mismo (ignorando todas las circunstancias personales, sociales, históricas, etc, que nos rodean), la competición como forma de relacionarnos que hace que lo válido para determinadas circunstancias (como es el contrato) se convierta en algo corriente en nuestras relaciones humanas, el “deseo mimético”,... Pero lo más interesante es la conclusión a la que llega y es que esta sociedad, en el fondo, provoca infelicidad ya que “la promesa de mayor satisfacción nos acaba llevando a una insatisfacción vital y social permanente” (p. 84) y esta es una de las múltiples paradojas (o “debes”) que el autor del libro destapa del economicismo. Sin embargo, a pesar de su evidencia parece ser ignorada a la hora de desarrollar nuestra vida.

Pero ¿cuál es la fuente de esta insatisfacción? Una muy concreta como es el círculo vicioso en el que se nos introduce al confundir los deseos con las necesidades. Los deseos son ilimitados, las necesidades (sean básicas o de condición) son muy concretas y fáciles de satisfacer:

Se trata de un proceso de conversión de deseo a necesidad y de inmediata creación de un nuevo deseo que más pronto o más tarde se convierte en otra necesidad, que parece no tener fin... lo importante ya no es cubrir unas necesidades limitadas sino alcanzar el mayor número de deseos posible (p. 73).

Lógicamente Enrique Lluch nos hace algunas propuestas para poder superar este espíritu economicista. Propuestas que, aunque aparezcan en el capítulo final (“el espíritu necesario para superar el economicismo”, pp. 209ss), van siendo salpicadas a lo largo de todo el libro. Indudablemente la propuesta fundamental es pasar de esta cultura centrada en el tener más entre todos a la cultura de que todos tengamos lo suficiente para vivir una vida plena (que es algo mucho más profundo que la simple obsesión por consumir bienes, servicios y experiencias) y para ello se requiere convertir las necesidades en deseos, pasar de la cultura del contrato (competición) a la cultura de la cooperación, superar la idea de que el esfuerzo es lo único que importa (sin despreciar, por supuesto, la necesidad de esforzarnos) y, por supuesto, “descentrarnos”, no como forma de locura sino como “camino de liberación” (p. 225), lo cual implica -entre otras cosas- superar el ego y reconocer que no todo depende de nosotros.

Esto supone un profundo cambio personal y social (cambios que han de darse en paralelo) y es que “necesitamos [...] modificar los mapas de sentido de las

personas. Necesitamos cambiar la manera de entender nuestra existencia” (p. 265), lo cual requiere un trabajo conjunto de múltiples colaboradores (el mundo educativo, los partidos políticos, las empresas, los medios de comunicación), sin olvidar que también “sería interesante una alianza con las distintas corrientes religiosas” (p. 278) porque, según Enrique Lluch, “las religiones tradicionales y su espiritualidad son pues un apoyo pleno y coherente para construir esa espiritualidad que nos permitirá alejarnos como sociedad del economicismo reinante” (p. 265).

En definitiva, un libro que además de abrirnos la mirada estimulándonos el pensamiento, tiene unas altas dosis de análisis psicológico desde un profundo conocimiento de la interioridad humana y de las entrañas de nuestra sociedad. Libro bien estructurado en sus capítulos (aunque, y a mi parecer con buen criterio pedagógico, las ideas básicas se repiten en todos ellos) y escrito en un estilo fácil de comprender y agradable de leer.

Teófilo Nieto Vicente
Universidad Pontificia de Salamanca